



Revista Desbandada.
Anita Berber – La más osada

Berlín, 1925

En 1925 sorprendían en Berlín no solo las modernas casas cercanas a la avenida Unter den Linden, en las que los burgueses adinerados vivían alegre y ociosamente a la última moda, sino también las sucias y estrechas calles con pequeños apartamentos donde los pobres trataban de sobrevivir. La Puerta de Brandemburgo, uno de los principales símbolos de la ciudad, exhibía la mitología clásica: Marte, Hércules, Minerva, y culminaba el monumento la inspiradora diosa de la Victoria montada en una

cuadriga. Sí, Napoleón la desmontó y se la llevó a París como trofeo de guerra. Allí estuvo hasta que retornó a la ciudad gracias al general Blucher. Fue entonces, cuando la diosa recibió un báculo con el águila prusiana y la cruz de hierro con la corona de laurel.

La humillación del pueblo alemán se había hecho patente en el Tratado de Versalles, había caído el imperio, la Gran Guerra se tragó su gloria. Pero llegó la Constitución de Weimar que proporcionó a los alemanes más igualdad ante la ley, menor diferencia de clases, el derecho de libre opinión y la libertad de culto y conciencia. Las nuevas libertades de la República las aprovecharían, sobre todo, los artistas e intelectuales.

¡Qué tal un night club! ¡Por ejemplo Eldorado! Atestado de gente y humo que forma un muro de terciopelo entre sombrías luces. Imagínense el tecleo distante de un negro al piano, y cómo se agita mientras lleva el ritmo con los pies. A su alrededor una interminable hilada de pequeñas mesas donde los presentes pueden comer, beber, y ver las actuaciones. Maravilloso popurrí de cuerpos y aromas, dorada ostentación...

De madrugada, estábamos en aquel cubil de perversión y decadencia para algunos. Para otros aquellos salones de baile eran una bocanada de

libertad: Aldon Ballroom, Tü-Tü, Komödie, Winter Garten, Haus Vaterland, Moka-Efti, Atlantis, Scala...

¿Qué ocurría? ¿Se había trasmutado la moral? ¿Tal vez la locura se había impuesto? ¿Era Berlín la Babel del mundo, una cloaca donde no había límites a los apetitos lascivos? El cabaret se había convertido en anzuelo para la audiencia burguesa y bohemia. Todo amante de la diversión, trasgresor o no, encontraba en Berlín lo que buscaba. Algunos opinaban que: «en el aire de la ciudad había un extracto volátil que estimulaba las pasiones y despertaba los más bajos instintos asociados a la perversión sexual». Los hombres bailaban con los hombres, las mujeres con las mujeres, en los cabarés más desenfundados atiborrados de homosexuales, lesbianas e intelectuales: Dorian Gray, Hohenzoffern-Café, Toppkeller, Verona-Lounge, Alexander Palast, Adonis Lounge.

¿Qué sería de nosotros sin el goce sexual? En la sexualidad, bien o mal entendida, ¿quién sabe dónde está la diferencia?, subyace el ego en todas sus versiones, la frustración, el dilema, la inspiración que alimentan la música, el arte e incluso el mito erótico de ciertas razas. La sofisticación sexual denota el grado de civilización alcanzado por un pueblo. El atractivo del sexo, «ese sexo a veces voraz», es tan potente y perturbador que la sabia naturaleza lo ha

dispuesto como gancho para perpetuar la especie. Pero... como alguien dijo: «¡La sexualidad puede ser un bello corcel desbocado!». Estábamos ante una generación con sed de vivir experiencias. La ambigüedad y la permisividad sexual eran una etiqueta de esta época. ¡Y qué espectáculo!, cuando la lujuria personificada, Anita Berber, con todo el aspecto de una vampiresa puta y drogadicta, aparecía cualquier noche casi desnuda excepto por lo que ocultaban sus zapatos de charol y un elegante y entreabierto abrigo de marta cibelina, que apenas cubría sus níveos hombros. Radiante y decadente como su poesía:

Salto sobre la sombra.
Esa sombra que me tortura.
Esa sombra que me martiriza.
Esa sombra que me devora.
¿Qué desea esa sombra?

Cocaína,
Gritos,
Animales,
Sangre,
Alcohol,
Dolores.

Anita Berber

En Berlín, cualquier perversión conocida por el hombre se podía encontrar. «Las viudas de paja» ofrecían sus servicios carnales a los hombres disponibles. Lo hacía también la juventud de ambos sexos venida de provincias, e incluso los chicos de familias burguesas. Se veía a prostitutas ofreciendo cualquier cosa o a cualquier persona: mujeres libidinosas, niños y niñas, jóvenes, animales. En algunos clubs nocturnos se permitía a los clientes disfrutar de la sodomía, la bestialidad, la homosexualidad, la necrofilia, el sadismo, o todo al mismo tiempo. ¡Y el público aplaudía y exigía más y más!

¡El colapso general de los valores! «¿Acaso la demencia había prendido en los habitantes de Berlín, que hasta entonces parecían inquebrantables y sometidos al orden y la disciplina? ¿Había desaparecido cualquier tipo de represión para dar paso a una era en la que todo valía?».

«¡Una ciudad repugnante este Berlín!», parlotaban los paletos e hipócritas advenedizos, que no advertían algo tan elemental como que para que una rosa florezca hay que abonarla con estiércol. Muchos Berlineses se cuestionaban si no eran los judíos responsables de la decadente moral y de haber perdido la guerra. Por mi parte consideré, que quizá los alemanes estarían tratando de olvidar la

responsabilidad exclusiva que se les achacaba por el estallido de la contienda. En aquellos días, tras la derrota, Alemania estaba sumida en el oprobio, la depresión moral y material que supuso la firma en un vagón de tren en Compiègne.

J.J. Cale